



EL PENSAMIENTO.

PERIODICO DE LITERATURA Y ARTES.

EL ESCRIBANO MARTIN PELAEZ,

SU PARIENTA Y EL MOZO CAINEZ.

CUENTO FANTASTICO.

II.

—Cómo en desierto? saltó y dijo el dómine, por ventura, aunque la verdad nos esté al pronto escondida, ignoramos nosotros que *el principio de la sabiduría es saber dudar?*

—Y cómo en desierto? replicó el cirujano, para quien sabe los nervios, las arterias, tegumentos, membranas, tejidos, huesos y cartilagos, partes mínimas y mayores que tiene V. y todo ente racional en su organismo, denominado *cuervo*, y como están estas y estos colocados y las funciones animales que ejercen de comun acuerdo? y cuáles miembros se pueden suprimir por la amputacion, sin interesar la vida? ¡cómo en desierto! Yo que sé como se descompone un hombre, no diré mejor, pero sí tan bien como V. sabe componer un pedimento?

—Señores, mi alusion no ha sido personal en ningun modo, no he emitido, por otra parte, nada mas que mi opinion particular; y creo por tanto que no haya para qué tomar el cielo con las manos, mucho menos cuando nos podemos remitir á la prueba *ipso facto*.

PRIMERA SERIE, TOMO I, 5.^a ENTREGA.

—Que cuente el Sr. Martin el cuento de las fantasmas, y quédese esto en donde estaba.

—Dice verdad la tia Corneja.

—Habla bien, que cuente.

—Que cuente.

—Pues que cuente; mitad grito, mitad súplica, dijeron todos; y se apiñaron mas que lo estaban antes.

Martin espectoró dos veces, y tomando la actitud y el tono declamatorios, comenzó de esta manera:

Pedro Fernandez, vecino natural de Toledo, de estado casado, de edad ni jóven ni viejo, de estatura ni alto ni bajo, bastante buen carácter, y un personal no muy malo; Pedro Fernandez, de barba regular, pelo castaño, nariz regular, y entendimiento como las narices; Pedro Fernandez, hombre á este tenor muy de su hacienda, cierta noche, luego de haber echado unas manos de *tute*, en la botica de al lado, se retiró á su casa á cenar con su mujer, que lo aguardaba; y la contó, mostrándola unos cuartos de ganancia, que tres veces seguidas habia acusado *tute real*, con cuatro caballos cada vez, que juntos y formados, componian, lo que llaman los militares, un *Estado Mayor* irresistible á las astucias del capellan de monjas, y al disimulo del doctor de farmacia, sus compañeros y contrarios, que se habian pasado la velada tiroteándose, con acusarse las *treinta* ó las *cuarenta* cuanto mas.

Holgóse de ello la mujer, recojió la calderilla á Pedro Fernandez, y en sana paz, marcháronse á la cama.

Aquí de Dios, señores, el toledano se acostó en camisa, y al apuntar el día, despertó retorciéndose los mostachos, que antes no tenía, y el cuerpo de alto á bajo, se lo encontró vestido de general.....

—Esa, *nequiquam*, dijo el dómine, todo se lo encapillaria dormido su mujer.

—Por aquí no cuela, añadió el cirujano muy zocarron.

—Vaya una bola! exclamó el mayorazgo, y la tia Corneja lo atribuyó á que seria arte del *malo* ó permision de Dios; todo esto sin dejar de retorcer una mal aventurada pulga entre los dedos índice y póllice.

Martin, con marcado menosprecio, murmuró un *cives imperitos*, y suspendió el relato. Húbole de rogar el cura que prosiguiera, y consintió en ello, previniendo no se le interrumpiese con bellaquerias, por mas que profiriese maravillas.

—Pues señor, estábamos en que se encontró vestido de general, y ahora continúo diciendo, que se halló además con ánimo resuelto, y hasta entonces jamás sentido de su pacífico corazon; botó del lecho afuera, puso los huesos de punta, y su sable á rastras, que metia miedo sobre los ladrillos.

A este ruido se despertó la mujer y quedó atónita; él nada la dijo, sino, que muy imperioso, abriendo la falleva del balcon, pidió el caballo.

De pronto soaron muchas cajas, cornetas y clarines de guerra, por la ciudad, y se oyeron relinchos y galopes, y entró en la vivienda un ayudante diciendo: que estaba ya el ejército en orden de marcha. El jeneral Pedro Fernandez no dijo nada, sino que encendió un chicote en la lamparilla, y se salió del cuarto.

Montó su palafren rabicortado, que hacia muchas piernas al desfilir por frente la muchedumbre militar, la cual muchedumbre á grandes voces lo apellidaba *insigne, felix, augusto, mácsimo, pio, vencedor clemente*.

Ya puesto á la cabeza de aquella tropa, emprendió con ella el camino, siempre fumando, llevado de la fuerza de las circunstancias, y sin cuidarse de saber á donde iba.

Si veía á su lado, como una porcion de oficiales montados, iguales en número á los caballos de sus tres tutes, iban muy entretenidos; los unos pintando garabatos, escribiendo los otros, otros mirando con anteojos de larga vista, y otros ha-

blando en secreto con unos paisanos muy rústicos, que se presentaban como llovidos; pero él de todo esto ni sabia, ni entendia nada, sino que iba siempre caminando.

Despues de algunas leguas vencidas, se vino hácia él y á toda carrera, ignorase de donde, un jefe cabalgando un jaco tordillo muy sudado; y saludándole con un sable sangriento, le dijo: «Mi jeneral, el enemigo en fuerzas considerables se halla marchando en masas equidistantes á nuestro frente táctico; y sin duda su evolucion es con el ánimo de envolvernos, pues que el movimiento se dirige sobre un flanco; esto en mi juicio dictaria, mi jeneral, que nosotros, sin abandonar el pensamiento, ni el frente estratégico, hiciéramos, por medio de un mero cambio accidental central, otro movimiento igual al del enemigo, en un órden paralelo.»

Pedro Fernandez, al oír esta jerga, se apartó de los labios el cigarro, y dijo:

—Que nosotros le hagamos para....?

—Lelo, mi general, repuso el jefe.

—Pues que se haga, respondió Pedro Fernandez, y él mismo no pudo por menos de pasmar-se al ver la rapidéz, con que á manera de variacion de comedia, cambiaba su ejército de forma, y se apretaba y volvía-se chiquitito, cuando antes era tan grande, que le faltaba la mirada para medirlo de cabo á rabo.

Salieron los doce oficiales y el jefe campo-travesa disparados como cazadores de liebres y se picó Pedro de que lo dajaran solo, pero recapacitando luego dijo para su bigote «ya verán VV. la que se va á armar» y siguió fumando.

No bien habia murmurado sus últimas palabras, que ya vió como de la parte de allá, venian de lejos hácia él, unos bultitos á la manera de cabras desperdigadas, corriendo delante de otros bultos muy grandes, semejantes á rebaños de merinas, que levantaban polvareda y se anublaban: vio luego salir de entre los pelotones de su jente armada, cabritas pintadas, muy ligeras al encuentro de las otras que venian; y cayendo mas en sospecha volvióse á repetir «*ya vereis la que se va á armar*» pero ignoraba de buena fé lo que seria.

En efecto rompió una gritería confusa, que no eran sino validos de toda aquella multitud de rebaños, y pífanos, tamboriles y gaitas de pastores llenaron los aires, y polvo y humo y ruido de truenos taparon la vista y los oídos del jeneral

Pedro Fernandez, que se sentía enchar de entusiasmo por grados y no veía mas que nieblas, como si lo envolviera una nube.

Su caballo rehiló las orejas y botando con soberbia pujanza daba relinchos; Pedro sentía á golpes y á latidos crecersele el corazón; su brazo izquierdo peleaba con la brida, á la par que el derecho comenzó á tirar tajos, rápidos reveses y hacía aspavientos, molinetes, quites y paradas: los ojos le arrojaban chispas, la boca humo, los cabellos se le habían desvandado, sudábase la frente á vivos chorros, el caballo empujaba, él contenía; pero daba jiros y hacía regates, entradas y salidas muy veloces; su cuerpo era un vaiven de traqueteos, su espíritu un traqueteo de vaivenes mentales en que pasaban pendones vaporosos, oriflamas flotantes, pausadas masas pedestres y lijeros escuadrones de caballeros montados en fieros velocípedos, todo en defensa de unos monstruos coronados á la manera de esfinges, los cuales monstruos caían desvencijados al vigoroso impulso de su diestra.... Pedro Fernandez no peleaba sino consigo mismo; mitad jenio naciente, mitad enjendro toledano; sus dos mitades eran un todo en encarnizada lucha y descomunal combate; pero el ánimo escaltado, muy veloz en un descuido de la torpe materia, abrió á esta un chirlo en la nariz que ensangrentó la faz del campeón; y Pedro al mirarse manchado, con española saña bebió por el aliento todas juntas las furias del averno y con insano brio muy eclérico aguija y arremete, descarga, rompe y raja sin oír, sin ver, sin hablar y resoplando arrancaba del pecho hondos bramidos como ostigado toro jarameño.

De pronto en lo mas fuerte de esta zarracina sin tregua y encrespada pelea, quedóse Pedro el jeneral, suspenso en alto el formidable brazo, atonitos los ojos y espantados y hurtado atrás el cuerpo desde su *colin* de batalla que parado de un tirón en firme sobre las piernas, jadeaba y no podía hartarse del aliento.

El inmediato campo de discordia ardía con el horno del combate, las sulfurosas nubes de humo y polvo que se levantaban de él, llegaban en gigantes remolinos robando el horizonte. Pedro Fernandez, en mitad de esta atmósfera sofocante y espesa creyó ver que por frente, retaguardia y flancos le cargaban cuadruplicadas fuerzas, y al mirarlas quedó petrificado, como estatua de sal frente á Sodoma.

Unas tras otras deslizándose sijilosas pasaron

infinitas columnas de vapor, el trueno era incesante allá á lo lejos y Pedro era una piedra caída en el mar muerto, pero súbitamente un alarido instantáneo, desprendido al espacio por infinitas fauces, vibró á la manera que estremecerá el grito de la humanidad junta cuando la trompeta del Arcánjel anuncie el fin del mundo; pero súbitamente oyóse el galopar de los caballos, el monótono compás de los batallones, el choque metálico de la rodante artillería y las voces unánimes que pregonaban victoria, que cantaban himnos y enviaban parabienes al invencible jeneral Pedro Fernandez. Llegaron los primeros á sacarle de aquel sopor, de la abstracción aquella en que se había sumergido, tan solo ocho de los doce oficiales que lo rodeaban antes de la batalla, y como él los tuviese muy contados por aquello de la pariedad con sus tres tutes reales, preguntó por los demás y los presentes le respondieron, que habían muerto peleando al lado de su escelencia, pero que como su escelencia estaba tan ocupado en dar órdenes y lleno del pensamiento militar, no se había apercebido de ello, así como tampoco lo había hecho de sus propios peligros. «Hombre! hombre! qué batalla! qué gran batalla la que hemos ganado!» esclamó Pedro, fumando algo á lo jaque, y añadió luego: «Pero saben VV. que me dan lástima esos cuatro muchachos difuntos.»

—Cómo ha de ser, mi jeneral; ahora lo que falta es que se ponga bien el parte al Gobierno.

Pues que se ponga, dijo Pedro, encojiéndose de hombros, y el parte se redactó por el jefe del jaco tordillo, y al llegar impreso á las capitales fue causa de que se quebráran 48 campanas que se repartieron entre las 48 provincias á una por barba.

Y aquí, tia Corneja, colorin colorado, que mi cuento se ha acabado.»

Cerró Martin su pico y no quedó un oyente que no aplaudiera el cuento, ni uno tampoco que supiera darse razón de si valía la pena de ser oído.

El cirujano y el dómine, picados de vanidad contaron cada cual el suyo muy difusa y pausadamente.

Mientras esto andaba por defuera, la Sra. Justa y el mozo sostenían un diálogo capcioso dentro la cámara de la reja grande, y como la brisa de la noche soplara un tantito mas fuerte que

antes, las plumas aquellas que vistieron los cuerpos de las tres gallinas, bullian sin cesar en remolino lento, dando vueltas, dando vueltas, como ánimas en pena.

III.

—Sr. Cainez, ¿Se siente V. malo, Sr. Cainez?...

—No, señora mia; pero momentos hay de abatimiento amargo; hay momentos por vida de sanes, en que el juicio no puede con el peso de los recuerdos, y en semejantes casos suelo yo agachar la cabeza hasta que pasa el huracan.

Será verdad, pero esos *recuerdos* que trastornan al interesado que se los busca, pueden matar de rechazo..... á otras personas.....

—No comprendo, Justita.....

La señora al levantar Cainez la frente, inclinó su rostro muy creida que llegado era un momento de rubor; y con sus cuarenta menos pico á cuestas, púsose á chupar el dedo con apariencia de turbacion pueril.

El mozo viendo esta perplejidad, volvió á decir: no comprendo, Justita, como soy que no comprendo. Y asiendo la pluma negligentemente, púsose con ella á escarbarse las uñas.

—Repito que no comprendo, hermosa Justita.

—Ah!.... V. es un traidor!!...

Esto lo exclamó la Sra. Justa en un esabrupto apasionado, y comenzó á hipar, cubriéndose los ojos.

—Oh! qué pena Señora! yo traidor? repuso el mozo levantándose del sillón; y luego cojiendo de un brazo con suavidad á la Sra. Justa sentóla junto á sí.

—Traidor, repitió ella muy comprimida; sí, traidor, porque vino V. á mi casa como un amigo y se ha convertido V. en el enemigo.....

—Qué! qué! en qué ha dicho V?

—En el enemigo, Sr. Cainez..... de.....

—Acabemos, Señora, de qué?

—En el enemigo..... ¡Jesus que vergüenza!

—Vamos; ya entiendo. En el inocente enemigo de su corazón de V. no es cierto?

—Y tanto, Sr. Cainez! y tanto!

Aquí la matrona perdió su compostura y apoyó una mano, no sé si sobre el corazón ó sobre la pluma negra del mozo. Si fue sobre el corazón quiso ver si el joven se conmovia, si fue sobre

la pluma, sin duda dijo allá para sus adentros *ya la tengo*.

El mozo entonces, levantando su pecho, abrió paso á un suspiro; y quedaron ambos mirándose con una intensa mirada de expresion infinita.

Hablaron las almas de aquellos dos seres de escepcion por medio de sus intrincados garabatos; y en este juego de azar, el alma de la Señora anduvo lerdá en comprender al mozo, pues que muy creida de la ganancia aceptó un envite, como suele decirse, contra treinta y una de mano.

—Ah! dijo la Señora, V. habrá sido toda su vida un engañador con tantas tierras como habrá V. visto por ahí, y no me fio, porque las aldeanas, ya vé V. que no tenemos motivo para ser otra cosa sino unas inocentes.

—Y cómo y por qué razon se me hace suposicion tan gratuita? Yo he visto en efecto mil bellas portuguesas combustibles como piritas; he conocido las pálidas inglesas, que como copos de nieve caen en los brazos de los hombres; las parisienses como corales llenas de la brillantez del artificio no seducen mas que por instantes; he tratado á las italianas, que son flores sin perfume, he galanteado á las gaditanas, que son ni mas ni menos que aherolitos; pero con todas el hastío reemplazaba la admiracion al breve rato; y era que la perla vivia escondida á mis ojos, encerrada en la modesta concha como la encantadora inocencia dentro del corazón de la aldeana.

—Engañador.....

—Oh! me seduce la sencillez de Eva, á la par que me insultan las pretensiones dogmáticas de la Baronesa de Du-devant.

—Engañador.....

No Justita, lo prometo, cuando está el corazón en los labios se lee la verdad en nuestras almas, que se asoma á los ojos.

—Algo mas que las promesas dicen los regalos, Sr. Cainez.

—Y cuáles son esos?

—V. bien me entiende, sino que conmigo se hace el morlaco.

—Morlaco?....

—Si señor, el desentendido que digamos, hablando en plata: y si no dígalo la plumita que no le abandona á V. nunca, porque fué regalada por alguna mejor que yo soy, y porque sirve en la ausencia para escribir ternezas, que no me pa-

rece sino que las estoy oyendo y.... vamos, no quiero hablar, porque es V. un..... engañador....

—No llore V. Justita hermosa, por tan infundada sospecha. Yo conservo esta pluma, porque con ella se puede llegar á ser punto menos que rey; pero como no haya trono que equivalga á un amor correspondido, la deposito en esas delicadas manos, que premiarán con una sola caricia el jeneroso desprendimiento de un rendido que suplica.....

—Ay Sr. Cainez! ya respiro; la pluma me tenia muerta..... y dice V. que hace reyes?.... ó es que yo estoy loca por V?....

—No hermosa señora mia, la pregunta no puede ser mas cuerda; la pluma sentada á tiempo, con cabeza firme y ánimo resuelto, pare, digámoslo así, cuanto el entendimiento enjendra y el deseo concibe: y ya vé V. que con semejante virtud escondida, desde la voluntad hasta los hechos, no media mas que la accion.....

—Sr. Cainez de mi alma!

—Justita! Justita! por quien he suspirado, pared contigua al lecho de tu reposo, ahogando mis suspiros en su infancia, para que nadie los oyera y como si fuesen hijos de la culpa.

—Oh! no se vaya V. nunca!

—Nunca, amor mio, y el ruiseñor que ahora canta y emigrará mañana á luengas tierras, volverá dentro de un año; y aquí á tu lado me encontrará como hoy: y otro año y otro año huirá con sus hijuelos, y volverá con sus nietecillos, y aquí me encontrará como hoy; ó bien en tu palacio refugiado, si la ambicion cambiase tu morada, el ruiseñor modulará sus quejas, prisionero en las doradas rejas de una jaula, y yo cautivo cantaré mi pena, bajo de tus dorados artesones. ¡Amor mio!....

—Tanta será mi suerte?

—Ah! que no sea tu ingratitud mi desventura.

A este punto de su tierno coloquio, llegaban el mozo y la Sra. Justa, con tan apasionadas voces, que cualquiera hubiera dicho eran otro Romeo con una nueva Julieta, pero fuéles á interrumpir un leve contratiempo; y es que como la brisa de la noche arreciara, hasta pecar en molesta, levantó tambien de su reposo las plumas de las tres gallinas muertas, y éstas dando jiros, y pegando tumbos por el aire, acertaron á colarse por la reja adentro, y muy medrosas y calladas recorrieron la estancia, y volviéronse á salir, para ir á

dar en el corro de los que á la parte de afuera contaban cuentos, los cuales al sentirselas por boca, orejas y narices, cual mas, cual menos, todos se dieron su palmada; con lo cual quedó disuelta la tertulia, y el mozo cerró los postigos de la reja grande, despidiéndose antes muy tiernamente de la interesante Sra. Justa, que salió en el acto á recibir á su esposo, disimulada y solícita.

Martin desde la calle, se habia encaminado á su dormitorio, armado de una cerilla encendida, para tostar los mosquitos; y como de sopeton entrara su parienta, quedósela mirando de alto á bajo, hasta que vió la pluma, y pegó un brinco que los dejó á oscuras, porque la rapidéz del movimiento hubo de matar la luz.

—Mujer! qué es lo que he visto? qué traes?

—La pluma, Martin, la pluma.

—Aguarda y guarda con las dos manos, no te muevas, y déjate que encienda un fósforo.

—No se me vá, Martin, enciende pronto que el pájaro ya cayó.

—Tú vales mucho, Justa.

—Enciende y calla, Martin, enciende y calla, que ahora veremos como te portas.

—Sí, sí, lo haré bien, no lo dudes; pero estos condenados fósforos no arden.

Martin frotaba con desesperacion los fósforos, que arrojaban una luz pálida, vacilante y confusa, para morir al instante.

A esta claridad melancólica se veian los rostros del matrimonio; y la palidez mortuoria, contrastada con la jesticulacion hambrienta y desesperada, infundia terror.

Ya por último prendió una candelilla y los dos á la vez desahogaron su afán con un suspiro.

—Es un inocente nuestro náufrago Martin, que te diera lástima y gozo verlo responder al reclamo hasta que entró en la red.

—No digas eso Justa, nuestro huesped es el hombre mas jeneroso de la tierra (y luego acercándose el escribano al oido de la señora la dijo en secreto): ¡mujer imprudente, sábetete que las paredes tienen oidos!....

—No hay nada tan bueno como nuestro huesped, Martin.

—Ciertamente; y el grande amor con que lo miramos, apenas alcanza con ser inmenso á retribuir mercedes de su munificencia ilimitada.

—Oh! y luego qué galan y qué modesto!

—Si es mucho señor el que tenemos en casa, consorte mia carísima... pero bajando el tono de la voz tanto ó mas que yo si te es posible, cuentame de una vez cuanto pueda alagar nuestra esperanza.

—Pues Martin esa se nos va á cumplir desde luego con la pluma del proto-calígrafo prometido: aquí la tienes pero es menester; oyeme bien, primero, saberla *sentar á tiempo*....

—Justa no dudes que seré un águila en las ocasiones.

—Segundo, *tener cabeza firme*.

—La mia es privilegiada ya lo sabes.

—Tercero y no la echés en saco roto Martin, *obrar con ánimo resuelto*.

—Justa ¿no me conoces? en dando tu Martin el primer paso, será un Macbeth.

Toma la pluma, aquí la tienes y *si te condenas que te condenes* como dijo el otro; pero ten cuenta que de tu maña depende el arrojar ó no por la ventana, la fortuna que se nos ha entrado por las puertas.

Martin pegó otro salto de alegría y dando dos sacudidas á la ropa, se zambulló en la cama. La señora rezó sus devociones y se acostó tambien. Allá á última hora pudieron reconciliar ambos el sueño; y sus acaloradas fantasías vagaron á sus anchas por los espacios imaginarios.

Martin soñó que habia sido llamado al real palacio y que S. M. le consultaba sobre asuntos graves que él resolvía como si fueran bicocas con admiracion de la córte.

La señora soñó que el coche no andaba; y por arrear las mulas, le arreó á Martin un puñetazo, que le puso el *ay* en los labios cuando se disponía á besar la mano de la Reina.

IV.

Apenas asomaba la luz del dia siguiente cuando ya estaba Martin ensayando varias de las firmas mas conocidas en el foro y entre ellas la de su compañero de profesion Gaona y Loeches, que todas le salieron á maravilla.

Andando lunas y corriendo soles, era de ver el uso que de la pluma hacía y el trastorno judicial con que traía mareados los tribunales.

Ivale en tanto la fortuna en creces, y como el viento de vanidad sopla con ella, la señora muy en particular rechazaba entre desdenes alternar con

ciertas jentes, y, ambos sometian á los espíritus débiles de que está el mundo poblado.

Cierta mañana llegó la tia Corneja muy azorada y dijo al escribano, que el mayorazgo Timoteo Rincon se moria sin otro remedio que el de Dios, razon por la que *in articulo mortis* queria testar sus bienes libres: y como estos los tuviera el mayorazgo, asi en dineros, como en plantíos y tierras de pan llevar, muchos y muy saneados; noticia fue aquella que alarmó á Martin, poniéndole en movimiento sin perder instante, ni olvidarse de la pluma milagrosa. Entró á poco en la casa solar del mayorazgo y en ausencia de su escribiente acostumbrado, acompañábase el mozo Cainez bajo el doble carácter de testigo y amanuense.

Entró Martin con su *vade mecum*; y pasado que hubieron un vasto patio, unos corredores y dos salas desmanteladas, se hallaron por último en un cuarto con pocos muebles y muchas vigas; ancho y destartado como el esqueleto de una ballena, donde era Jonás de este cetaceo el doliente Timoteo Rincon, que entre mareos de muerte se preparaba á desembarcar en las playas del otro mundo.

Ardian allí dos velas de cera vírgen que se alumbraban á sí propias; y en derredor del lecho del enfermo hallábanse los parientes, los curiosos, el cura párroco, demandaderas y tías supersticiosas.

Se apersonó Martin y en el acto dispuso se despejara el cuarto de jente (decia él) que si bien ayudan á morir no sirven ni para ayudar á bien morir siquiera.

Hizo una señal al cura para que permaneciera en su lugar y los restantes salieron de la estancia cavizbajos.

Esto hecho cojió una luz y se la puso junto á las narices al esánime Rincon; fijó la vista en el rostro abotagado del mísero mayorazgo y torció el gesto volviendo el rostro hácia el mozo Cainez que respondió con una cabezada: el Sr. cura alzó entonces los ojos al cielo, y el mozo se mantuvo distraido, mirando indiferente los ladrillos.

El escribano, entonces, dirigió la voz al enfermo en estos términos.

—Ea Sr. D. Timoteo, buen ánimo, que la vida se enlaza con la muerte y la muerte con la eternidad; de modo y de manera, buen hidalgo, que la muerte no es un punto final como se dice, sino una mera coma en la gran página humanitaria, y en cuya coma nos reposamos todos, mas ó menos tarde, para luego seguir leyendo hasta los siglos de los siglos

en esa enciclopedia del destino, volúmen inmenso, donde leen á la vez, sin estorbarse, todas las generaciones habidas que pasaron; *in folium* admirable, que con ser tan grande es el Supremo Hacedor tan infinito que lo emplea como su libro de memoria....esto es asi como V. lo oye señor hidalgo, y allí están escritas todas las buenas obras que V. ha hecho, y lo estarán las que se dispone V. á hacer en este solemnisimo momento.

El mayorazgo, ni aun en su estado normal hubiera alcanzado á comprender á Martin; y por consiguiente mucho menos en el caso de apuro en que se hallaba, porque el pobre tenia tanto y tanto dolor enemigo de su existencia, y de tal manera martilladas las entrañas, que apenas oía mas que los terribles golpes que le daban, y solo apetecía reposar.

Visto por el escribano, que aquel hombre se iba como un descosido, trató de atender á lo importante de su negocio, y abreviando las finezas dijo al Sr. Cura que presenciara el acto como segundo testigo.

Convino el párroco y como el enfermo en uno de sus mil parasismos no diera señales de vida empezó el sacerdote á agonizarlo á grandes voces, sin atender á Martin que pateaba; y por de fuera oíanse plañidos....

Ya el alma de este contrito descansa en paz, dijo el párroco con recojimiento religioso; y Martin replicó que no daría fé de ello, porque ni sabia el camino que pudiera llevar el ánima, ni habia visto al cuerpo dar las tres boqueadas de reglamento, ni menos tirar las tres zancadas imprescindibles en todo acto de defuncion.

—*Está muerto*, repuso el Sr. Cura, y el escribano replicaba que *aun podia testar*.

En este altercado, el mozo Cainez que hasta entonces se habia mostrado impasible, se acercó al mayorazgo, y le aplicó los labios al oido.

En aquel momento mismo, el cuerpo que parecia cadáver pegó un bote y quedó en cuclillas sobre la cama, levantó un brazo, abrió la boca y dijo: *quiero testar en forma de derecho*.

El cura dió un salto atrás, el escribano un paso hacía adelante, el mozo tomó asiento junto á la mesa, sacó papel y dió principio al testamento.

Distribuía Timoteo Rincon sus mandas muy detenida y acértadamente; y al llegar á la reparticion de diez mil duros que sus abuelos habian

enterrado en el rincon mas oscuro del lagar, y que allí estaban, dijo, que el Sr. cura se entregara de ellos para invertirlos en misas y limosnas.

Apenas soltada la palabra cuando ya estaba escrita al pie de la letra, y concluido que hubo, Martin redondeó al final con todas las fórmulas del *Febrero* aquel documento, y leído que fue en alta voz para entre los cuatro, firmaron los testigos y el paciente.

En tanto que Martin muy concienzudamente, al parecer, se esmeraba en gurrapatear un signo fac simil de la araña de San Jorje, con mas patas que un cienpies; el Sr. Cura llegóse contentisimo al enfermo, y le dió de todo corazon la enhorabuena, esforzando su ánimo, y fortaleciendo su creencia en el poder de Dios; pero Timoteo Rincon como si fuera un sapo, fijó en el sacerdote la estúpida mirada; y sin dar respuesta brincó en firme sobre las piernas otra vez; y cayó de golpe, quedando sobre el revuelto lecho, mas tieso que unas tenazas.

No bien hubo caido, que empezó á hacer desaforados jestos, abrió la boca, sacudió las zancas, guiñó los ojos, y sacó la lengua.

—*¡En tus manos, Señor, encomiendo su espíritu!* gritó el ministro de Dios al ver aquello, é iba á proseguir desencadenado en el fervor de la plegaria; pero Martin le aconsejó que no se esforzara mucho, porque ya el alma de aquel hombre habia salido en posta para la otra banda, y que allí miraría por su propio negocio.

—Oh señores! yo que soy sabedor de sus secretos sentimientos, afirmo que este feligrés, que acaba de espirar, ha tenido la muerte del justo; y no dudo que su espíritu se bañará, á estas horas, en el inefable encanto de la bienaventuranza....

—Eso es muy cierto, Sr. Cura párroco; ¿pero ha visto V. como el noble hidalgo hizo las tres cortesias de despedida, ni mas ni menos que yo dije?

—Oh! sí, lo he visto, y ví tambien que se esforzaba por pronunciar el credo y no podia.

En esto se abrió la puerta, y entraron la turba de interesados y de aduladores, llorando á caños: el escribano contuvo á las mugeres, y el cura arrojó el difunto con la sábana.

Tranquilizóse á ruegos el concurso, y Martin se despidió para ir á sacar copia del testamento, porque el orijinal debia radicar en la escribanía.

—Mañana serán públicas las mandas del hombre mas jeneroso y honrado, que sin saber de qué, como muchos otros, ha muerto en esta villa.

Así dijo al tomar la puerta, y siguióle detrás su amanuense.

(*Se concluirá.*)

A. ROS DE OLANO.

PALABRAS AL CORAZON.

Pensemos en la paz, corazón mio ;
Ahóguense tus quiméricos deseos
Que de tu necio y loco desvarío
Han de ser algun día los trofeos :
Soberano señor de tu albedrio ,
Trueca tus ilusorios devaneos
Por la dicha que resta á los mortales
Que han visto el desengaño con sus males.

Infeliz , infeliz el que se lanza
Tras esa luz que el mísero imagina
Ver , y la inventa el nombre de esperanza,
Siendo solo ilusion que le fascina :
Que así esperando á su sepulcro avanza
Sin llegar á entender que á él se avecina ,
Porque soñando un porvenir de rosas ,
Dormido está sobre las mas hermosas.

Y en medio á los encantos de su sueño
La penetrante espina le despierta
Mezclando sangre al plácido y risueño
Cuadro que en su soñar traza y concierta.
¡Oh delirio fatal ! ¡fatal empeño
Que al hombre causa desventura cierta!
Fatal empeño de alcanzar la calma
Si está al dolor encomendada el alma !

Si estuviere á los goces destinada
¿Tendría por prision esta vivienda
De flojo barro por su autor formada ,
Sin ningun protector que la defienda
De esa turba infernal , que conjurada
En su ruina , con tenaz contienda

La ostiga , la maltrata y la destroza ,
Y en verla padecer ufana goza ?

¿ Fuera su abrigo el calabozo triste
De miseria y de males sin medida ,
Este vaso , que el soplo no resiste
Del mas lijero viento, sin que herida
La quebradiza masa en que consiste ,
No quede por mil partes destruida ,
Rota por otras mil y de veneno
Voraz el todo que le resta lleno ?

¡ Pobre espíritu noble encarcelado
En tan inmunda y corrompida huesa !
Padecer y llorar ; tal es su estado ;
Padecer y llorar ; su herencia es esa.
Por un tiempo, aunque incierto, limitado
Del dolor que nos sigue será presa,
Hasta que libre al fin del cautiverio,
Tienda sus alas al celeste imperio.

Entonces regalado de alegría
Donde todo es placer, contentamiento,
Paz y ventura y dicha y armonía,
Tendrá de luz un perfumado asiento
Junto al sol del eterno hermoso día,
Junto al Dios que dá gloria al firmamento ;
Y allí serán sus grillos y cadenas
Rosas de fuego y blancas azucenas.

Allí entre nubes fúljidas cruzando
Por un ambiente de fragancias puras ,
Irá tiernos cantares escuchando
Consagrados al Dios de las alturas ;
El ámbar y las mieles aspirando
Entre hermosas anjélicas criaturas,
O en dulce arrobamiento adormecido,
En blandas plumas de alcion mecido.

Habitante feliz de ese palacio,
Ropas tendrá de celestial decoro :
La esmeralda y rubí con el topacio
En su frente serán rico tesoro :
Tendrá para volar por el espacio
Alas de nacar con reflejos de oro ;
Siguiéndole en sus vuelos relumbrantes
Paraninfos en gloria semejantes.

La voluntad allí sin resistencia,
Sin celos el amor , tranquilamente

Del amado gozando la presencia;
 Conformes los deseos; consecuente
 En su cariño la divina esencia;
 Trocándose ternezas mutuamente;
 El amante y amado confundidos,
 Intimamente Dios y el alma unidos.

Delicia inmensa, indefinible gloria
 La del alma será sin que en un punto
 Acibare en sus goces la memoria
 Cuanto recuerde de la tierra junto:
 Que esta cárcel es; ay! espiatoria,
 Y allí no puede ser ni aun leve asunto
 El crisol que causó nuestra amargura
 Para que el alma fuese á Dios mas pura.

Yo siento, corazón, que tus pesares
 Mitigados están este momento
 Por la mágica voz de los cantares
 Que piensas que de allí te baja el viento:
 Ojalá, corazón, que allí te hallares
 Dejando este mezquino alojamiento
 En que te ajita por desgracia tuya
 Todo el infierno con la rabia suya.

Pero el tiempo á nosotros prefijado
 Aun no está, corazón, lleno y cumplido:
 Aun no está cuanto mal hemos obrado
 De suficiente modo resarcido:
 Y por cierto que mucho hemos pecado
 Y con el llanto poco redimido:
 De manera que aun falta sufrimiento
 De tanta culpa en pago ó en descuento.

Advierte, corazón, en tu tristeza
 Que el mal que sufres viene en tu provecho;
 Cuando exhales aromas de pureza
 Limpia ya la hediondez de nuestro pecho;
 Recobrada tu prístina nobleza,
 Y el cielo de tu enmienda satisfecho
 Esto que llamas hoy penas y llanto
 Te habrá valido aquietamiento tanto.

Pero es cierto que en pos de la iracunda
 Tormenta que hoy te ajita en tu retiro
 Esa aurora vendrá dulce y yucunda
 Entre nubes de púrpura y zafiro:
 Y has de ver cómo de placer te inunda
 Sin que al aire siquiera dé un suspiro;
 Sino, es que al aire la ventura cuenta

PRIMERA SERIE, TOMO I, 5.ª ENTREGA.

Que viene á darte de dolor cesenta.

Y esa es la diferencia tan notable
 Que existe entre el que funda su esperanza
 Solo en el cielo, y el que miserable
 Viviendo, espera en su vivir mudanza
 De manos de la suerte variable,
 Que si del mal inclina la balanza
 Es solo por momentos harto breves,
 Que en ser mudable son sus dones leves.

Y en ese manantial que á veces brota
 De esquisito placer á nuestro lado,
 Es locura beber solo una gota
 Porque en ella el veneno está mezclado:
 Es dulce al paladar, pero lo embota
 Y le deja de llagas mal parado;
 Que es la fortuna poma perfumada,
 Carmin por fuera y dentro emponzoñada.

Mentirosa beldad que nos cautiva,
 Solo al gusto ofreciendo sus encantos,
 Para humillar despues cruda y esquivada
 Las almas que ganó con dolos tantos:
 La gracia de su rostro y su espresiva
 Tierna bondad es causa de los llantos
 Que en su dolor abandonados vierten
 Los que al mirarlo su maldad no advierten.

Un dorado vapor forma su aliento
 Que por dañoso iman tiene fragancia;
 Brilla en sus ojos luz que inflama el viento,
 Sin quemar, á larguísima distancia:
 Sus ropas de un extraño lucimiento
 De los aires flotando á la inconstancia,
 Dejan ver de sus formas la hermosura,
 Su blanco pecho y lúbrica cintura.

Tienen las manos en su blanda nieve
 Engastados diamantes con reflejos
 De cien colores en espacio breve.
 Sus mejillas son límpidos espejos
 Dó el manto de la aurora en tinta leve
 Se retrata purísimo y de lejos
 Sus pies son oro, y arjentados lazos
 Sus dos ebúrneos y graciosos brazos.

Un ruido vago, armónico y de voces
 Dulces, sonoras, puras y arjentinas
 Sigue su marcha. En círculos veloces

En redor á sus gracias peregrinas
Van jénios sin fin, y con los roces
De sus alas de plata y purpurinas
Producen ese májico concento,
Que es de la adulacion fingido acento.

Risas y encantos por do quier que pasa
Pródiga vierte y esparciendo flores
Placeres presta sin medida y tasa
A todos sus perdidos amadores:
En dar favor entonces no es escasa;
Porque mucho prodigan los traidores
Al que quieren prender entre sus redes
Con el brillo falaz de sus mercedes.

Así, cuentan, que halagan las sirenas
En las ondas del mar al pasajero
Que letal languidez siente en sus venas
Al escuchar su cántico hechicero.
Así, dicen tambien, que en las serenas
Noches con un gemido lastimero
Al caminante atraen las arpías
A sus cavernas lóbregas y frias.

Cosa horrible ha de ser posar la frente
Sobre un pecho de miel, blanco y hermoso,
Y hallarse al despertar una serpiente,
Que exhalando su aliento venenoso,
Clava su lengua como el fuego ardiente
A nuestros lábios con hedor copioso:
Triste mirar en torno y no ver nada
De la de ayer felicidad pasada!

Entonces solo queda sentimiento,
Llanto en los ojos y en el pecho rábía:
Se rebulle el cruel remordimiento,
Y punza ajena dicha, si no agravia:
Y vano y orgulloso el pensamiento
Resiste á la razon amiga y sábia,
Errores añadiendo á los errores
Que nos trajeron á contar dolores.

Nosotros, corazon, que hemos probado
Poco deleite en nuestra amarga vida,
Demos su manantial por agotado
Y abracemos la paz que nos convida
En esta estancia, asilo retirado,
De ningun rudo viento combatida,
Pues que tenemos tiempo de gozarla
Fuera nécia locura despreciarla.

Dejemos, corazon, las ilusiones,
Y tratemos en místico concierto
Con apacibles sólidas razones
Lo que conviene hacer para el acierto:
No faltan, es verdad, los aquilones
En la calma tranquila del desierto;
Mas no vendrán, si quiere la memoria
No recordar de lo de ayer la historia.

Y en íntimo consorcio y armonía
Mi razon tratará con tus deseos
Sabrosísimas cosas de valía
Que á tus gustos darán puros recreos:
Ella te enseñará que tu alegría
Está en los encantados Eliseos
Mas allá de esa bóveda azulada,
Del Dios que nos formó dulce morada.

JUAN VILA Y BLANCO.

POLITICA JENERAL.

Desde el tratado de Methuen en 1709, los ingleses apoderados casi exclusivamente del comercio de Portugal, convirtieron este reino en una colonia dependiente de la Gran Bretaña.

Aquellas escuadras, las mas numerosas y aguerridas que en el siglo XV osaban cruzar los mares; aquellos tesoros que de las mas remotas partes del mundo venian á coronar y añadir lustre á la soberana del Atlántico, tantos triunfos, glorias tan resplandecientes, tanto poder, toda la grandeza en fin de tres siglos habia para siempre desaparecido. Imperio tan poderoso enterrado en los desiertos arenales de Africa, cuando la temeraria expedicion de su Rey don Sebastian, roto y destrozado y á merced de imbéciles pretendientes que su corona se disputaban, quedó en tamaño infortunio abierto á la ambicion del extranjero y á la codicia del mas atrevido.

Apoyó sus pretensiones nuestro Rey Felipe II con un aguerrido ejército de 50,000 hombres, y la espada vencedora del Duque de Alba arrollando las mal dirigidas huestes del Prior de Crato, sentó sobre el trono, poco hacia tan brillante de Juan II, la tiranía y la oscura política del sombrío heredero de Carlos V. Sujetó y humilló esta conquista á los portugueses; pero en su corazon agraviado se aumen-

tó el odio que hacia ya mucho tiempo la rivalidad de ambos reinos habia enjandrado, sometiéronse á la fuerza y soportaron el pesado yugo que la imprudente política de Felipe les imponia, pero ni un dia solo pasó desde entonces, sin que irritados de opresion tan injusta, royesen con coléricos dientes los eslabones de su cadena. Lloraban de dolor y de indignacion los buenos de aquella nacion desgraciada, al ver cada dia arrancado un florón de su corona mal defendida y abandonada por el descuido é ineptitud de sus tiranos.

Aquellas colonias tan ricas, teatro de tantas hazañas y glorias, padron de los esfuerzos de tantos héroes, una por una desmembrándose de su antigua metrópoli, pasaban á ser patrimonio de los holandeses y de los ingleses, quitando á sus antiguos dueños cada uno de estos despojos, hasta la esperanza, de que libre y rejenerada su patria, pudiese recobrar ya nunca el esplendor y la grandeza de los pasados tiempos. El rencor mas íntimo se alimentaba y crecia en los pechos de los portugueses, y la estúpida política del Gobierno español aumentándolo cada vez mas, no parecia sino que se empeñaba en separar dos pueblos que la naturaleza habia unido, y en alejar sus corazones con mútuo desden y odio, convirtiendo en enemigos irreconciliables á los que habian nacido para amarse como hermanos.

Lastimaba continuamente el corazon de los portugueses el recuerdo de su nacionalidad herida y ajada con insolente befa, imprudencias y tiránicas vejaciones. Comunicaban poco entre sí ambos pueblos y solo por medio de los representantes del poder que los oprimia, y encastillado el portugués en su odio, y desdeñoso el español en su orgullo, mirábanse unos á otros siempre la cólera en el corazon, y la mano pronta sobre el puño de sus espadas. Tan desacertada conducta, tantos ultrajes, que tomando su origen en la tiranía y desordenada marcha del gobierno español, pasaban sin perder su odioso carácter, hasta las últimas clases del Estado, deslumbrando á unos y otros en sus verdaderos intereses, ofrecian fértil campo para sus especulaciones políticas, á los extranjeros, naturales enemigos de una nacion que ajitaba entonces por espíritu de relijion y de heroísmo la Europa entera, y cuyas leyes se obedecian en las mas remotas partes del mundo.

Ni se descuidaron tampoco los portugueses. Presentóseles buena ocasion durante la desastrada administracion del de Olivares; dirigió el célebre

Pinto Riveiro la conspiracion, y á despecho de la debilidad y flaco ánimo del duque de Braganza, llegó el dia en fin, tras tantos afanes, de romper el yugo castellano y levantar el trono independiente de Portugal. ¡Vanos esfuerzos! El último que habian hecho, agotando todos sus recursos ya muy escasos despues de tantos trastornos, quebrantos y despojos, dejó aniquilado el reino y sin brio para llevar adelante la empresa que habia empezado; no era ya Portugal el reino poderoso á quien tributaban tesoros á porfia el Oriente y el Occidente, y Lisboa, su gran capital, habia ya dejado de ser el primer emporio mercantil del mundo.

Dueños de la mayor parte de las colonias los extranjeros, y su marina arruinada, en vano su escelente posicion sobre el Atlántico brindaba á los portugueses con tierras lejanas y nuevas conquistas: Portugal reducido á pobre rincón de la península, ó habia de sucumbir por último á las desproporcionadas fuerzas de su entonces odiosa vecina la España, ó para salvar aparentemente al menos su independencia, comprar á precio muy caro la alianza y proteccion de la Gran Bretaña. ¡Triste condicion de las naciones que tienen por amigas á otras mas poderosas! En vano un hombre de ánimo jeneroso y elevado, y dotado al mismo tiempo de una voluntad de hierro, se esforzó en levantar de su abatimiento y dar vida á aquella máquina descompuesta. El marqués de Pombal comunicó su enerjía sin embargo al ánimo desmayado de los portugueses, reedificó á Lisboa, armó una marina respetable, protejió las artes, cultiváronse en su tiempo las bellas letras, y reanimó la industria; pero los 25 años de su gobierno, no eran bastantes para sus proyectos jigantescos, y el estímulo que su jenio prestó por un momento al Estado, podria compararse al que recibe un cuerpo muerto por medio del galvanismo.

En lucha abierta con todas las preocupaciones y los mezquinos intereses de su época, Pombal sostuvo una guerra á muerte contra los nobles que le envidiaban y los jesuitas que le temian, acosado por continuas conspiraciones, y sostenido únicamente por su propia enerjía y su rigorosa severidad. A la muerte de José I., sus enemigos prevalecieron en el ánimo de la Reina María, y quedaron para mucho tiempo desvanecidas las esperanzas de los buenos portugueses. La debilidad, el cohecho, las mas viles pasiones

sucedieron al plan metódico y ordenado del desgraciado ministro; el pueblo portugués, sumido en la ignorancia y el abatimiento, y perdida su antigua energía, dejaba hacer á sus gobernantes, que mezquinos y nulos se encorvaban delante del extranjero que se aprovechaba de sus desaciertos, y solo de tantos recuerdos habia quedado en el corazon de los portugueses una ridícula y apática ojeriza hácia sus vecinos los españoles. Atizábanla con interesadas miras los ingleses, y la alianza de Napoleon con la Corte de Madrid, ofreció ocasiones mil para alimentarla últimamente con maña.

El ejército portugués, mandado durante la guerra de la independencia, por jefes y jenerales ingleses, si probó con sus hazañas que en nada habia degenerado el antiguo valor lusitano, no manifestó menos al mundo, peleando á las órdenes de los extranjeros, el estado de sumision y abatimiento en que su nacion se encontraba. Pero la aurora de la libertad de la península empezaba ya á radiar en el campo político, que antes ennegrecian con sus sombras el despotismo, desbarate y trastornada direccion del mal gobierno. Con el amor de la libertad, renació el amor á la independencia; y Portugal poco á poco logró al menos hacer mas disimulado el yugo de su aliada mas íntima. Pero ¿logrará sacudirlo enteramente? Agotadas sus rentas, sin marina, sin industria, perdidas sus mejores colonias, erijido el Brasil en imperio independiente, ¿seguirá Portugal en la misma desigual alianza con una nacion marinera y mercantil que lo consume, y de la cual al cabo de tanto tiempo de amistad íntima, no ha logrado otros ausilios que aquellos que por su propio interés le convenia prestarle? Lejos de nosotros el deseo de que fueran enemigos Portugal y la Inglaterra, y ni se crea que tratamos de culpar á esta nacion por sus procedimientos con aquel reino.

Tan contrario es á nuestra opinion lo primero, cuanto que nosotros militamos bajo la bandera de fraternidad y union entre los pueblos, y jamás acriminaremos de poco generoso el comportamiento del gabinete inglés, porque sabemos que siendo la primera ley de la naturaleza, la propia conservacion, y atendiendo ademas al proverbio de *amor con amor se paga*, seria injusto ecsijir sacrificios á aquel á quien si alguna vez se acudió demandando favor y amistad, fué mas por necesidad que por simpatía. Pero tiempo es ya

tambien que los que hemos nacido en la Península, miremos por nuestros intereses, y mejoremos de condicion. Mientras el comercio, el vapor, la industria reunen entre sí los pueblos mas apartados, no olvidemos que Portugal y España ocupan un mismo suelo y forman un solo pais, con intereses idénticos, y unas mismas necesidades. Que á despecho de las tiranias de nuestros pasados reyes, y de la lejanía á que nos han colocado mal entendidas rivalidades y antiguos rencores, nuestro idioma es casi el mismo, nuestras literaturas se han mezclado y confundido hasta el punto de que los mejores escritores de uno y otro pais han cultivado con gloria ambas lenguas, que el mismo pensamiento de libertad guia al porvenir á ambos pueblos; y en fin que las leyes de la naturaleza y razones de conveniencia y de justicia, ecsijen se abran por último francas y faciles comunicaciones entre hermanos que reconociendo su error y pasado el primer calor de antiguas desavenencias, han de abrazarse algun dia y para siempre reconciliarse. No es ya la diplomacia de un rey astuto, que atiende mas á su interés privado y á lisonjear su orgullo añadiendo un florón mas á su corona, ni mucho menos la ultrajante dominacion de la fuerza de un conquistador afortunado, la que hoy dia, mañosa se injiere ó poderosa se levanta á imponer caprichosas leyes al mas débil, nó; la verdad, las necesidades mútuas, el imperio la razon, son las causas que han de ligar las manos de uno y otro pueblo, nacion incompleta y manca la primera, sola y aislada de su vecina, y débil la segunda y sin porvenir propio, separada de aquella y condenada á sufrir la insolente amistad del extranjero que necesariamente ha de aprovecharse de su flaqueza. Hora es ya que los portugueses y los españoles empeemos á conocernos y comprendernos (*). Rompamos esa barrera que tanto tiempo nos ha separado. Glorioso será el dia para ambos pueblos, en que una nacion grande, compacta, libre é independiente se levante cerradas sus fronteras por el Pirineo y abierto á su comercio y á

(*) Es digno de notarse que mientras las diligencias se aumentan, los caminos se mejoran y las carreteras de Valencia, Vitoria, Aragon y Andalucía están llenas de viajeros que llaman á aquellos puntos sus placeres ó sus negocios; los caminos que á Portugal conducen se hallan desiertos y en el mayor abandono, cruzados solo por alguna incómoda galera ó las reatas de los arrieros.

sus empresas el mundo, señora por sus puertos del Mediterráneo y del Occéano. Pero ¡ah! triste es recordarlo, y en vano el corazón lastimado se esfuerza á templar su pena, con tan brillante ilusión y porvenir tan glorioso. ¡Cuán lejos todavía está de nosotros! Nuestros hombres de Estado, en sus nímias y ridículas combinaciones, no parece sino que apenas tienen fuerzas para entregarse á meros trabajos mujeriles, faltos de ánimo y capacidad varonil para mayores empresas. Envueltos en redes de miedo que les tiende á cada paso su escaso jénio, de todo temen, comprenden poco y nada ejecutan, y cuando acabada una guerra civil parecía que iban á desarrollarse jérmes de vigor y de grandeza, nos revolcamos aun en el lodazal de nuestra ignominia. Y semejante España á una ciudad abierta y abandonada, no sostiene mas trato con sus vecinos que el que ellos cuando bien les parece y por su propio interés le conceden, entrando en ella á ultrajarla y aprovecharse de su desventura. Mal hora aquella en que el sol nos alumbraba para ver ajado nuestro pabellon en Cartajena, hollada nuestra frontera en Navarra, impune y aun premiada la cobardía, y espuestos á la ventura nuestros puertos del Meditárreneo!

JOSE DE ESPRONCEDA.

Soneto.

Nace el amor, y el pecho enamorado
Le dá en el corazón grata acogida,
Y allí el amor y la mujer querida
Reposan dulces del amante al ado.

Mas el pecho hasta entonces sosegado
Pierde la paz en su amorosa vida,
Que al punto que al placer amor convida
Llévale amor celos y cuidado;

Ya pierde la esperanza el pecho tierno,
Ya teme los rigores del olvido
Del bien que adora con cariño eterno,
Y entre amorosas dudas combatido,
Trocado mira en nebuloso infierno
El campo azul del bienestar perdido.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

PRIMERA SERIE, TOMO I, 5.^a ENTREGA.

POESIA.

LEYENDO A HORACIO.

Aquí del sauce á la móvil sombra,
Nido del ruiseñor, cuyos amores
El zéfiro acompaña con su lira;
Sobre el lecho silvestre y blanda alfombra
De hojas y arbustos y odorantes flores,
Que el ojo vago y errabundo admira;
Aquí donde respira,
Mientras la cumbre de los bosques arde
El sol postrero á trasmontar cercano,
Los puros vientos de la fresca tarde
Naturaleza en brazos del verano;

Ven, dulce libro, ven. Mi blando acento
La antigua voz de la latina musa
Haga sonar en estas soledades.
Siempre la amé yo en tí. Fije un momento
El tono amigo que en tus cantos usa,
De un ciego corazón las veleidades.
Encantos y deidades
Torne el mundo á brótar; pueblen la tierra
A la voz de la fábula movidos;
Y mire yo cuanta hermosura encierra
La religion que hicieron los sentidos.

Cruza la inmensidad mi mente inmensa;
Vuela y vuela sin fin, y en su osadía
Nunca el secreto de los mundos halla.
Late mi corazón, mi frente piensa:
A las tinieblas y á la luz del día
Les hablo, les pregunto, y todo calla.
Dónde encontrar la valla
De esta infinita soledad? Acaso
La mente vaga en la ilusión recreo;
La tierra brota jénios á mi paso,
Y una familia de deidades creo.

Cuál mundo aéreo que á tu Olimpo esceda,
De una y otra ficción capricho humano,
Vate inmortal, á producir bastará?
¿Dónde el bello ideal que darle pueda
Al hombre, ya de la deidad cercano,
Objetos tantos de beldad mas rara?
La tierra, templo y ara.
Volved, abridme el penetrable cielo,

¡Profanos dioses que el mortal finjia!
Muy grande es Dios para habitar el suelo ;
Pero vosotros sois la fantasía.

Zéfiro sus palacios abandona,
Mensajero de Amor. Amor suspira,
Y á amar le enseña y modular su canto :
El de mirto y de flor la sien corona,
Y en torno, en torno de las Ninfas jira,
Y derrama en su seno el dulce encanto :
Suenan la lira en tanto :
Corre el Fauno veloz tras la adorada
Ninfa gentil que la belleza engrie ;
Y sobre el bosque en nubes reclinada,
Vénus, alma del mundo, se sonrie.

Así estos campos animarse veo,
Y el mudo espacio de las selvas triste
Poblarse ya de jenios protectores :
Tal, si mis ocios delirando empleo,
Ante mis ojos admirados viste
Una y otra ilusion forma y colores.
El trono de las flores
Ocupa una deidad ; otra domina
La mar, ó el viento, ó el zénit, ó el polo ;
Me habla en la noche de su amor Lucina,
Y contemplo en el Sol la faz de Apolo.

¡ Oh ! ¡ Cómo las imágenes serenas,
Los gustos breves de mi dulce infancia
Recuerdas hoy á la memoria mia !
Entonces del oscuro verso apenas,
En mi dulce y pacífica ignorancia,
La verdad y el sentido comprendia.
La tierna fantasía,
Vate feliz, te adivinaba empero
Con temprana ansiedad del estro santo ;
Y al poder de tu ritmo placentero,
El oido y la voz formaste al canto.

Tal la risueña fábula finjia
Abierto el seno de la casta Flora
De Favonio gentil al beso leve:
Tal la copa en que Júpiter bebia
De manos de la bella escanciadora
Recibe el néctar que á raudales llueve:
Así la tierra embebe
Fecundo rayo y matinal rocío,
Que el jérmén productor hincha en su seno;
Abril lo ve brotar y en el estío
Es ya pompa y dósél del bosque ameno.

Yo amo volver á las pasadas horas,
En que el estro insonoro y balbuciente
Se ensayaba en dulcísimas canciones.
¿ La luz de aquellas rápidas auroras
Fué mas pura quizás, que el alma siente
Perdidas ¡ ay ! sus caras ilusiones ?
Tú, que el alma dispones,
Templando el ceño de razon austera,
Dulce poeta, al meditar suave :
¿ Es la edad mas feliz la edad primera,
Que siente el bien y el mal, y no lo sabe ?

¡ Oh infancia, infancia, esclavitud del hombre !
Clamé yo veces mil. Mas por ventura
¿ Qué, sino eterna esclavitud, la vida ?
Yo aprendo en tí, para quien mas que un nomb:
La dicha fué, y al gozo y la blandura
Tu amable canto el ánimo convida.
Lleva en veloz huida,
Con envidia y piedad, contento y pena
El tiempo robador á su Leteo ;
Y hacer mas leve la fatal cadena
Solo alcanzó quien rije su deseo.

Tú cantas, y el amor y alegre vino
Suenan tu voz ; campestre apartamiento,
Y del vulgo falaz la lejanía.
Vivir, gozar. Empero yo adivino,
Si el dulce halago de tus himnos siento,
Mas que el placer, su amable hipocresía.
¿ Siempre te sonreía
Felicidad, dónde secreto espanto
Turbaba á Roma con dolientes sonos ?
¿ No hay en tu corazón, no hay en tu canto
Del romano dolor palpitaciones ?

Vé, poeta feliz, vé murmurando
Sentencias de gentil filosofía,
Los gustos á buscar que en Roma imperan :
Te vá el dedo de Roma señalando ;
Tus palabras mas dulces que ambrosía,
Las Táis y Aspasia de tu edad esperan.
Alégrate, y no mueran
El aplauso, la gloria y los placeres,
En tanto duren voluntad y espacio ;
Oye clamar á Roma y sus mujeres :
¡ Horacio, el gran poeta, el dulce Horacio !

¡ Amor, belleza, de placer tesoro !
¿ No responde su voz ? Rugas asoma
Su frente que la edad orló de canas.

Horacio está en el Foro. El sacro Foro
Se mudó en lupanar, y allí ante Roma
Prostituye el Romano á las Romanas,
Imágenes lejanas
De la antigua virtud, ardiendo en ira,
Sobre los Rostros la venganza eleva:
La que á sus plantas arrastrarse mira,
Es otra Roma que á morir se lleva.

Víctima y héroe del orgullo humano,
Muere y triunfa Caton. La voz retumba
Del orador funesto á Catilina:
Despojo criminal de heroica mano,
Sangrienta veste en la cesárea tumba
Al pueblo incauto á la venganza inclina:
Triunfante en la ruina,
La sombra de los Gracos se levanta,
Al hundir la república sus leyes;
Y en temor de sí mismos, la garganta
Al yugo dan los ciudadanos reyes.

Tú lo sientes, dulcísimo poeta,
Cuando ese imperio ves, con rauda paso
Volar el tiempo á sus grandezas breve.
¿No te dice una voz honda y secreta,
Que el sol latino al entreabierto ocaso
Turbado el disco en tempestades mueve?
Sí: que tu voz se lleve
A esas deidades cuyo Olimpo espira,
Cuyo altar sin ofrenda se desplo ma:
Yo oigo clamar los sonos de tu lira:
¿Quién sois, ó Dioses, que os hundís con Roma?

¡Oh! ¡Dado á Roma contemplar te fuera,
Ya de una cruz fatídica pendiente,
Eternizada en el Calvario eterno!
Correr la raza indomeñable y fiera;
Volcar los pueblos con la masa injente
Su falso Olimpo, su turbado Averno.
Embriágate en Falerno
¡Horacio! ¡Horacio..! Tu cantar liviano
Pienso yo que presajia los Nerones;
Como al son de los versos de Lucano,
Se oyen trotar los góticos bridones.

Amo yo empero figurante acaso
No en Roma no en el Foro; en las cascadas
Y alamedas del Tivoli sombrías:
Allí á la clara aurora, al tibio ocaso
Estiendes tus patéticas miradas,
Y el ave y flor te alegran, y ondas frías.

Gozemos, repetias:
Huye la edad. ¡Feliz el que se aleja
Del grave cargo y vulgo removido;
Y á la ambicion con el insomnio deja,
Y mañana y ayer pone en olvido!

¡Dichoso tú, cuanto dichoso el hombre,
Que al sueño ó á la lira tus afanes
Das reposando en plácida enramada!
El tiempo vividor dirá tu nombre,
Cuando en torno al ciprés vaguen tus manes,
Y otro dueño suceda en tu morada.
Ora, si la indignada
Sombra de aquella Roma se te ofrece,
Que asesinó la libertad de Graco;
El néctar milagroso la adormece,
Y ensalzas á Caton, brindando á Baco.

¡Estóico Anacreón! ¡Dulce maestro!
¡Alentador de mi afición natía,
Que en el canto armonioso persevera!
¡Ah! Siga yo con el poder del estro
El vuelo igual de tu alma poesía,
Donde bebí la inspiración primera.
Audaz, docta ó lijera,
Risueño jóven que al placer se mueve,
Como un licor, sus cánticos apura;
Y á ella en la pena y en los ocios debe
Documento y solaz la edad madura.

¿Cuál de tus versos cantaré? ¿La gloria
Del constante varon de ánimo entero,
Despreciador del vulgo y del tirano?
Aquel guarda entre todos mi memoria;
Y á Augusto, á Baco y al Amor prefiero
Tu apoteosis del orgullo humano.
Poeta cortesano,
Tu lo dijiste: entre esterminio y lloro
El hombre alcanza á contrastar la suerte:
¿Dirélo yo, que en el orgullo adoro
La última relijion del alma fuerte?

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.



OTELO.

TRADUCCION DEL INGLÉS. (*)

ACTO I.

ESCENA I.

Noche.--Venecia.--Una calle.--Entran Rodrigo y Yago.

RODRIGO.

¡Basta basta por mi vida!
No esperaba yo que Yago,
Que siempre de mi bolsillo
Los cordones tuvo á mano,
Hablara de este negocio.....

YAGO.

¡Por San Jorje! Ya me callo
Pues escucharme no quieres.....
Repito que si he soñado
Siquiera con tal asunto
Me aborrezcas.

RODRIGO.

Pues muy claro
Me dijiste que le odiabas.

YAGO.

¡Despreciame si te engaño!
Tres sujetos principales
De la ciudad le han hablado
Suplicándole me hiciera
Su Lugar-teniente.—¡Harto
Conozco mi precio yo
Y sé que menos no valgo!
Pero en su orgullo y designios
No le plugo contentarlos
Sus empeños evadió
Con fastuosos relatos
De epítetos militares
Horriblemente cargados;
Y al fin les dijo: «*En verdad*

Ya mi teniente he nombrado.»

¿Y quién era ese teniente?
Era ¡por Dios! Un tal Cassio,
Un muchacho florentino
Aritmetiquista vano
A quien corteja la fama,
Pero que nunca en el campo
Vió ordenados escuadrones,
Ni mas entiende de asaltos,
De batallas ni de guerras,
Que una niña de tres años;
Si ya no entiende en teorías
Cual los padres del Senado,
Mera cháchara de libros
Sin práctica.....Mas el cargo
De Lugar-teniente obtuvo.
¡Y yo que supe hacer tanto,
A su vista, en Chipre, en Rodas,
Entre fieles y paganos,
He de quedar para siempre
Por el Moro postergado
Sirviendo á su señoría
De ayudante!

RODRIGO.

Mas honrado
Me creyera yo si fuese
Su verdugo.

YAGO.

Sin embargo,
Son las leyes del servicio.
Va el ascenso en padrinazgos,
En empeños, no por orden,
De modo que en cada grado
Heredas en los modernos
La plaza del veterano.
Ahora juzga si yo debo
Amar al Moro.

RODRIGO.

Yo extraño
Que sigas á su servicio.

YAGO.

Para mis fines lo hago.
Todos no han de ser señores
Ni todos fieles criados.
arás aquí majaderos
De facil rodilla y labio
Que adoran la servidumbre,
Y de la racion en cambio,
Pasan el tiempo contentos
Como le pasára un asno,

(*) Con satisfaccion presentamos al público la siguiente muestra de la importante version del Oteló de Shakspeare, en que actualmente se ocupa el Sr. D. José Garcia de Villalta, cuya traduccion del Macbeth en verso castellano es uno de los mejores monumentos de nuestra literatura contemporánea.

Hasta que viejos los echan
Del servicio. Poco caso
Merecen tales criaturas.
Hay otros, que acostumbrados
A las formas y á los jestos,
De la humildad, cuidan algo
Tambien la propia fortuna,
Y á sus jefes circundando
Con sombras de amor y celo,
Viven, medran, bien forrado
Se hallan su gaban un dia.....
Y entonces feudos y halagos
Solo prestan á sí mismos.
De esos soy yo; y te declaro
Por el nombre de tu padre
Que quisiera á no ser Yago,
Ser el Moro. Yo le sigo
Por mis propios adelantos,
No por amor ni virtud;
Pero finjir que le amo
Mis designios asegura:
Que si en el rostro pintados
He de llevar los del pecho,
Color, sentimientos y actos,
Mas me valiera llevar
El corazon en la mano,
Para que me le picasen
A su voluntad los grajos.
No pienses que soy quien soy.

RODRIGO.

El de los jetudos labios,
Venturoso está por cierto
Si así gana.

YAGO.

Y ¿por qué diablos
No alborotas á ese padre?
Sigue al moro en todos lados;
Envenena sus deleites;
Nunca le dejes descanso;
Irrita la parentela;
Y ya que en clima templado
Vive y triunfa, tú con moscas
Inficiona su regalo;
Y aunque gozo sea su gozo,
Con la vejacion mezclado
Algun sabor perderá.

RODRIGO.

Voy á sublevar el barrio.
Esta es la casa del padre.

YAGO.

Pues ¡gritos y aldabonazos!

PRIMERA SERIE, TOMO I, 5.^a ENTREGA.

Con lúgubre voz y acento
Llama, y clamor prolongado,
Cual aquel de las ciudades
Cuando á media noche acaso
Voraz fuego se descubre.

RODRIGO (Dando aldabonazos).

¡Hola! ¡Brabancio! ¡Brabancio!

YAGO.

¡Brabancio! ¡Despierta! ¡Hola!
¡Ladrones! ¡Ah! ¡Buen anciano
Despierta luego! ¡Ladrones!
Cuida de tu casa, y sacos,
De tu mujer y tu hija;
¡Ladrones! ¡Pronto Brabancio!

(Brabancio se asoma al balcón.)

BRABANCIO.

¿Qué ruido es este? ¿qué pasa?
¿A qué ese estruendo y clamor?

RODRIGO.

Mirad si teneis, Señor,
A vuestra familia en casa.

YAGO.

¿Está el cerrojo corrido?

BRABANCIO.

¿Qué os importa ese cuidado?

YAGO.

¡Voto á tal! ¡Que os han robado!

¿Y aun no os echais el vestido?

¿Su pérdida no os aviva?

Un salvaje bedijudo

La estrecha en lascivo nudo

¡Arriba Brabancio! ¡Arriba!

Los vecinos la campana

Despierte tañida á vuelo;

O el demonio os hará abuelo,

Antes que llegue mañana.

BRABANCIO.

¡Están locos á fé mia!

RODRIGO.

¿No me conocéis, Señor?

Soy Rodrigo.

BRABANCIO.

Ya es peor

De lo que antes presumia.

¿No te he dicho que es en vano

Que me persigas así?

¿Que no es mi hija para tí,

Ni tuya será su mano?

¿No te lo he dicho? ¿Por qué

Lleno de cena y bebida

Rompes con voz atrevida

Mi descanso? Pero á fé.....

RODRIGO.

¡Ah mi señor, mi señor!

BRABANCIO.

Que caro te costará;

Nadie así se mofará

Vilmente de un Senador.

RODRIGO.

Los ladrones.....

BRABANCIO.

¡Presto calle!

¿Y aun osado me atormenta?

¿Es mi casa alguna venta?

¿No está en Venecia mi calle?

RODRIGO.

¡Brabancio con verdad hablo!

YAGO.

Sois un hombre ; voto á brios!

Que no sirviérais á Dios,

Como os lo mandára el diablo.

Mientras que bellaquería

Sospechais que aquí os aguija,

Desposará vuestra hija

Un corcel de Berbería.

Relinchará vuestra raza;

Vuestros nietos trotarán;

Y jacos unos serán,

Y otros caballos de caza.

BRABANCIO.

¡Lengua torpe! ¡Qué desdoro!

YAGO.

Sabed que en suerte les cupo,

Formar amoroso grupo,

A vuestra hija y al Moro.

BRABANCIO.

¡Eres infame! ¡villano!

YAGO.

Y vos sois..... ¡Un Senador!

BRABANCIO.

¡Responderás por mi honor

A las leyes y á mi mano!

¡Tu responderás Rodrigo!

RODRIGO.

A todo responderé;

Mas tambien suplicaré

Que me escuchéis como amigo.

Si fue vuestra inclinacion

Que en medio la noche oscura

Vuestra hija á la ventura

Huyese de su mansion,

Sin mas órden ni decoro,

Sin mas dueña ni escudero,

Que por guardia un gondolero

Y por amador un moro;

Si tal quisisteis, señor,

Confieso que os he faltado;

Mas si ignorais que ha llegado

Hasta ese punto su error;

¿Cómo en falso yo osaría

Hablaros tan sin mesura?

Su talento, su hermosura,

Su gracia, honor é hidalguía,

Vuestra hija ha vinculado

En un oscuro extranjero,

En un negro aventurero

Que ahora mismo la ha robado.

Rejistrad la casa os ruego

Y ved si acaso mentí.

BRABANCIO.

¡Una luz! ¡Triste de mí!

¡Las yescas pronto! ¡echad fuego!

Todo el mundo se levante!

¡Luces! ¡Luces! ¡Me han vendido!

¿Se habrá mi ensueño cumplido?

¡Luces! ¡Luces!

(Se retira Brabancio del balcon.)

YAGO.

¡Ya es bastante!

A retirarme de aquí

Voy mal grado el buen deseo,

Pues el lustre del empleo

No permitiera que á mí

Me oyesen como testigo

Contra el moro. ¡Bien pesado

Tengo lo que es el Senado!

Y sé que aunque algun castigo

Le quisieran imponer

Los ilustres Senadores,

Sofocarán sus rencores

Sin llegarle á deponer.

Que es imposible encontrar,

Búsqese por mar ó tierra,

Un caudillo que en la guerra

Pueda decirse su par.

Chipre amenaza triunfante.

Yo, Rodrigo te protesto

Que á ese Moro mas detesto

Que al infierno; mi semblante;

Signos empero de amor

Ha de ofrecerle benignos;

Mas tu verás que son signos,

Y mera forma y color.

Hacia el Sajitario guia

A la levantada jente;

Allí estaré yo presente
Haciéndole compañía.

(Vase.)

Entran Brabancio y criados con antorchas.

BRABANCIO.

¡Huyó! ¡Se fugó con él!
¡Demasiado verdad!
¡Tanto desprecio á mi edad!
¡Tanta amargura cruel!
¿Dónde, Rodrigo, la viste?
¡Infelice! ¡desdichada!
¿Con el Moro acompañada
¿Con el moro me dijiste?
¿Quién padre quisiera ser?
¿Cómo acertaste cuál era?
¡Ah! ¡Me engañó cual pudiera
La misma perfidia hacer!
¡Mas hachones! ¿Qué te dijo?
¡Vengan mis deudos aquí!
¿Se han casado?

RODRIGO.

Creo que sí.

BRABANCIO.

¡Y esto hace ¡cielos! un hijo!
Pero ¿cómo se escapó?
Pues qué ¿no hay yerbas potentes,
No hay encantos delincuentes
Que el sortilejo inventó
Para engañar las doncellas?
¿Tales cosas no has oído?

RODRIGO.

De esas artes he leído.

BRABANCIO.

¡Y no escuché tus querellas!
Llamad al punto á mi hermano.
Marchad por diversas vías.
¿Acaso tú no sabrías
A dónde está el inhumano
Moro con la hija traidora?
¡Que yo los quiero prender!

RODRIGO.

Tal vez se logre saber
A dónde el robador mora.
Seguidme con guardia fuerte.

BRABANCIO.

Guia, con todos te sigo;
¡Feliz si verlos consigo!
Y... venga luego la muerte.
A las puertas llamaré;
Serenos y armas aquí;

Te sigo, confía en mí,
Yo te recompensaré.

(Salen.)

JOSE GARCIA DR VILLALTA.

Revista de la Quincena.

El anuncio de la venida de Rubini ha contenido algun tanto la emigracion de que hablabamos en una de nuestras revistas anteriores; pero ha sido poco. La mayor parte de las jentes se marcha; volverá para la época en que venga el célebre cantante. En el ínterin es preciso viajar, dando trégua á todos los negocios prosáicos y tambien á los amores. ¡A cuántos no he oido esclamar en el Prado, al pasar una mujer hermosa, en la cual no se habia reparado tal vez hasta entonces. «¡Qué elegante! ¡Qué gallarda! En el mes de setiembre pienso hacerla el amor.» Porque en los dias egoistas que alcanzamos, contados son los que siguen á una mujer, aunque sea á los baños; muy pocos los que alteran sus proyectos higiénicos por ir en pos de una belleza. Ahora es preciso amar con comodidad; cuando venga á cuento. ¡En el otoño!

Para que esta temporada acabe de ser insoponible y monótona, han faltado las corridas de toros, y es que ha faltado el único torero que hay en España; el cual al mismo tiempo es uno de los primeros hombres de la época, el bizarro Montes. El dia que Montes muera, concluye en nuestro pais ese grande espectáculo, que tanto nos envanece. Montes personifica el arte, él solo reúne todas las cualidades, que separadas han solido dar fama y nombradía á los toreros contemporáneos de nuestros padres.

El célebre espada acaba de ser coronado en la plaza de Cádiz, despues de haber ejecutado prodigios de valor y de destreza. En nuestros dias se prodigan las coronas de laurel; cualquier mal dramaturgo es un *poeta laureado*; solo Montes carecia de una corona, sin duda porque la merecia, sin duda porque era un jenio, el jenio de la tau-

romaquia. Los gaditanos han sido justos, tributándole esa muestra de su entusiasmo, cuando el héroe andaluz, el rey del Circo, se hallaba en el teatro de sus glorias.

Nada hay mas bello, nada mas imponente que ver á Montes frente á frente de un poderoso toro de Veragua, cruzada la espada sobre la muleta, en ademan altivo y gallardo. Aquella situacion es sublime. El público no pestaña; en las facciones de cada espectador se revela la ansiedad; todos aguardan palpitando el resultado de aquella espantosa lucha. Montes triunfó, porque Montes triunfa siempre; óyese entonces universal clamoreo; ajítase la plaza, como un solo hombre, saludando con los pañuelos al vencedor. ¡Ese sí que es verdadero entusiasmo del pueblo! El hombre que es objeto de tan frenéticas demostraciones, no es un ministro, ni es el hombre del poder; él, perteneciente á la clase mas humilde de la sociedad, no tiene honores, ni empleos, ni condecoraciones que dar; los aplausos que recibe son desinteresados, y sin embargo nadie es mas aplaudido que él.

Parecia que el liceo artístico y literario habia muerto; así era de creer puesto que apenas daba señales de existencia; y tan cierto era esto que ya íbamos acostumbrándonos á vivir sin el liceo, y cada cual habia procurado suplir su falta proporcionándose otros recreos honestos é inofensivos. Pero con agradable sorpresa se ha visto que vive, y que el domingo último ha vuelto de su desmayo rozagante y florido por demas. En esa noche se distribuyeron los premios florales, operacion que segun parece no habia tenido lugar aun. Al entrar en el salon notamos que era día de festividad; habia mas luces que las ordinarias; aquello estaba como un áscua de oro; de las paredes pendian guirnaldas que daban al conjunto un aspecto un si es no es campestre; en los prendidos de las damas se observaba tambien gran esmero: todo anunciaba que allí habia de suceder algo singular.

Con efecto á poco se alzó el telon y apareció una orquesta funcionando; á su derecha se hallaba colocada la junta directiva. Terminada la música, el Sr. Roca de Togores leyó un discurso histórico-literario acerca de los juegos florales; nos pareció bien escrito; pero no faltó quien ca-

lificase de un *abuso de poder* obligar á las señoras á estar media hora escuchando aquellas doctas reflexiones. Nosotros, sin embargo, somos mas indulgentes, y sostuvimos que el discurso se hallaba en su lugar.

Procedióse en seguida á la distribucion de las flores que han sido trabajadas en Paris. Los premiados fueron los Sres. Breton de los Herreros, representado por el distinguido poeta D. Juan Nicasio Gallego, Vega y Gomez. El Sr. Vega en nombre de los premiados pronunció unas breves palabras de buen tono, dirigidas al presidente, que fueron justamente aplaudidas por su oportunidad y buen gusto.

Despues se leyeron varias composiciones poéticas, llamando la atencion los robustos y bien contruidos cuartetos del Sr. Madrazo, leídos por su autor con espresion y enerjía. No todo fue igual por desgracia; pero así suele suceder en este mundo, donde lo bueno acostumbra ir mezclado con lo malo, y lo sublime con lo grotescamente ridiculo.

Con mucho placer supimos que las secciones dramática y filarmónica *ya no estaban picadas*. De hoy mas todo marchará á las mil maravillas. En prueba de su reconciliacion con el público, la segunda de las mencionadas secciones cantó un himno compuesto por el Sr. Martin; y á poco la primera representó la comedia de Gorostiza titulada *D. Dieguito*.

La reproduccion en la escena de esta pieza, que no ha dejado de gozar cierta reputacion literaria allá en sus tiempos, ha sido una triste prueba.

Ese jénero ya pasó para no resucitar. Salvo algunas comedias de Moratin, que todavía se sostienen en el teatro, y que en nuestro entender se sostendrán todavía aun, quedando siempre como apreciables documentos literarios que marquen al erudito la índole y tendencia peculiar de las letras españolas al comenzar el siglo XIX, las demas pertenecientes á su escuela han muerto ya. No podia menos de ser así: serviles copias de un modelo que no es para imitado, faltas de injénio y de poesía, siguiendo un vuelo rastrero, pertenecientes á una sociedad que en el espacio de muy pocos años ha desaparecido para dar lugar á otra de un carácter diferente, sociedad que nuestros hijos no comprenderán, que nosotros empezamos á no comprender, porque raros ejemplos presentará la historia de las naciones de una transicion tan brusca y repentina de ideas y de há-

bitos, no tendrán significacion alguna ni aun como cuadros de costumbres. Los cuadros de costumbres estaban ya hábilmente trazados por el maestro de esa escuela, por Moratin.

Era bien entrada la madrugada cuando terminó la funcion del liceo. Algo larga fue en verdad; pero no se nos hizo pesada, porque la concurrencia femenina, si bien no tan numerosa como otras veces, era en cambio mas brillante y escogida. Si entre nosotros estuviera en uso citar los nombres propios de las bellezas, como en otras partes se acostumbra, así como se citan los nombres de los oradores del parlamento, cuando los hay, y de todos los hombres que hacen algun papel en el drama de esta época, nos complaceríamos en estampar aquí nombres sinónimos de hermosura, juventud y elegancia; los nombres mas poéticos de España; citaríamos entonces á la marquesa de A., á la señora de P., tan notable por aquel hermoso busto; á la señorita de B. y su picante, bella y espiritual fisonomía; á la señorita de E. y su gracia encantadora; á la señorita de Z. cuyos quince años anuncian una de las mujeres mas hermosas de la corte, y á otras mil y mil, porque en nuestra patria la belleza es planta indígena de la tierra.

Acaso otro dia nos resolveremos á alterar el uso establecido.

PUBLICACIONES LITERARIAS.--*Poesias andaluzas*, por D. Tomás Rodríguez Rubí.

Rubí es un poeta especial y en eso consiste su principal mérito. Nada mas insulso, nada mas detestable literariamente hablando que esos poetas misántropos que vienen al mundo llorando y que en un estilo que se distingue por su vulgaridad, nos refieren los atroces padecimientos de su desgarrado corazón. Ya sabe el lector de qué poetas hablo, y por lo tanto no necesito describírselos. Es cosa de tirar el libro de despecho cuando se empiezan á leer versos y mas versos, henchidos de frases obligadas, y en los cuales no se percibe ni un solo destello de originalidad ni talento.

Pues como estos hay millares de escritores que las jentes tienen por poetas, y yo tengo por rebuscadores literarios y nada mas.

El carácter propio es una cualidad indispensable para significar algo en la república de las

letras; sin caracter propio y á costa de trabajo y de paciencia se pueden hacer indudablemente buenas cosas, pero es seguro que no valdrán á su autor un renombre medianamente apetecible.

Hé aqui la razon del aprecio que nos merece Breton de los Herreros como poeta dramático; hé aquí tambien el motivo de la distincion que hacemos de las poesias que acaba de dar á luz Rubí. Este jóven poeta se ha consagrado al cultivo de un jénero particular; las costumbres del pueblo bajo andaluz tienen en él un pintor que las retrata con enerjía y verdad exterior. Quizás y sin quizás sus cuadros carecen de filosofía; tal vez no haya profundizado, ó no se haya propuesto profundizar los misterios de aquella vida escepcional, que acaso no se parezca á la vida de ningun pueblo del mundo; pero nosotros jamás pediremos al poeta esplicaciones de por qué ha seguido una senda en lugar de otra. Cada talento tiene su índole peculiar y su instinto, y en literatura hay infinitos caminos abiertos á la imaginacion. Por cualquiera de ellos le es lícito al poeta emprender su jornada.

Los personajes á quien el Sr. Rubí hace hablar y obrar, son incompletos; hay en el fondo del corazón del vandolero mas desalmado de Andalucía un oculto sentimiento de nobleza y de caballerosidad, digno de ser realzado con las vivas y coloradas galas de la poesia. El andaluz de casta y raza, el andaluz que no está modificado por la civilizacion que tiende á igualar á todos los hombres, es el ser mas poético de la tierra: muelle, voluptuoso, holgazan, valiente á veces hasta rayar en temerario, otras fanfarron y cobarde, sanguinario como un catalan de la montaña, noble y jeneroso como un caballero de la edad media, amartelado y galan con las mujeres, amante del placer, melancólico como lo demuestran sus cantos, entusiasta, agudo, chistoso siempre, con una imaginacion que le hace creer verdades sus propias ecsajeraciones, reúne cualidades eminentemente poéticas, y es una rica mina que todavia no se ha explotado.

El Sr. Rubí nos ha presentado parte de ese hombre, el hombre eterno, por decirlo así, en las diez ó doce lindas y acabadas composiciones que contiene su libro. Todas son de un mismo jénero, todas reúnen el mismo mérito; el romance titulado VOTOS Y JURAMENTOS ademas de la esactitud y viveza del colorido, revela cualidades de poeta.

Pero donde el Sr. Rubí es inimitable es en la escena titulada la *venta de un jaco*; allí en boca de un gitano que se representa vendiendo en la célebre feria de Mairena un mal rocin que se está cayendo muerto, pone las siguientes palabras:

« Zu mersé mire esa piesa....
 ¡ Este ez un vicho mu fiero!
 ¿ Y esta cola? ¿ y la cabeza?
 Vamo... ¿zi no tiene pero!
 ¿ Puez y lo zojos?.... no ez ná!....
 Zon centeyas.... no hay mas ver!....
 Miusté; con eza mirá
 Está iciendo zu poer.
 ¿ Y los piños?.... ! Jezueristo!
 Zon mas blancos que el *marfin*....
 Y en jamaz á qui za visto
 Un jaco con tanta *clin*
 ¿ Lo quié usted ve camina?
 Lo mezmo zale que un taco....
 ! Jé!.... ; Canina!... ven á cá....
 Encarámate en el jaco;
 Y yévalo recojío
 Hasia el camino e zan Roque....
 ; Corto!... Canina, hijo mio....
 Y cudiao no te zesboque.
 ¿ Lo vousté? ; Juy!... que pujansa!
 Es lo mejó que tenemos...
 Ni el mesmo viento lo alcanza....
 ; Zi zon mucho aqueyos remos!
 Ahora e mano cambió....
 Vea lusté.... qué gayardia!....
 ; Alabao zea el zeñó
 Que tales fortunas cria!
 ; Canina.... para! al avio;
 Arrepare osté que piel....
 Vamo ziquie usted ir zervio
 No hay mas que quearze con él,

 ¿ Qué cuanto?... bien vale.... azi
 Dios ze olvie e mis pecaos,
 Lo mesmo que un maaveí....
 Zobre tresientos ducaos.

 ; Qué ha e ze mucho!.... ¿ no vusté
 Que eze potro ez una fiera?
 ; Por zan Juan!—¿ Osté no vé
 Que ez e la casta e *Valera*?

Y que ze bebe los vientos,
 Y que los sielos escala....
 Vaya.... vengan los dosientos
 Y pague osté la alcabala.

 ; Ze acabó; no hay mas que habla!....
 Zi osté ez el amo, on Jozé....
 ; Luseriyo!.... paza ayá!....
 ; Que vicho ze yeva osté!!!....
 ; Qué animal! vaya unas manos!....
 Que las jan pintao parese...
 ; Jay!.... ; antez e zapartarnos
 Ejeme usted que lo beze!
 ; Lusero, mantente tiezo!....
 Anda vete, probecico
 Y toma mi último bezo...
 ; Várgame Dios, qué joico!
 Zeñó on Jozé, por Jezú!
 Que no lo güelva á mirá....
 ; Gástelo usted con zalú! »

Así hablan los jitanos de Andalucía, así ni mas ni menos; el poeta les ha usurpado su estilo, sus modismos, sus frases. Esta muestra es suficiente para dar á conocer la especialidad del género que desempeña el Sr. Rubí. Nosotros le estimulamos á que lo desarrolle mas y lo complete.

TEATROS.

Los teatros han aflojado algun tanto, apenas se ha representado alguna que otra pieza traducida, de esas que no forman época en los fastos dramáticos. Por otro lado, la ópera va arrastrando como mejor Dios le dá á entender, su enfermiza vida, *si es que vida, su existencia infeliz, llamarse puede*. Los madrileños han perdido ya la esperanza de oír cantar medianamente una ópera. Somos los madrileños muy desgraciados.

Permítanos la empresa de la Cruz que la dirijamos una amarga reconvencción, al ver que hallándose tan pobre y escasa la compañía lírica, no ha aprovechado la venida de la Sra. Manzoche-ajustándola al menos para algunas representaciones. Creimos nosotros que la presencia en esta capital de aquella cantatriz, que en otros tiempos

arrebató al público, y cuya despedida fué una especie de ovacion teatral, sería para la empresa un motivo de alegría. ¡Quién no había de esperar que la Sra. Manzocchi volviese á cantar en el teatro! ¡Cómo era posible presumir que la empresa comprendiera tan mal sus intereses, que fuera á conservar á algunas partes, que ni aun mentar queremos, posponiendo á una artista de mérito tan notable!

Otro hubiera sido el éxito del *Contrabandista*, si en ella hubiera tomado parte la Sra. Manzocchi.

Y ya que del *Contrabandista* hablamos, de cuya representacion no pudimos hacernos cargo en nuestro número anterior por falta de espacio, diremos breves palabras acerca de esa obra.

Esta ópera se ha representado en el nuevo teatro del CIRCO. La apertura de un tercer teatro en Madrid es verdaderamente un acontecimiento. El Circo se ha transformado en coliseo, si bien conserva los resabios y el aire de su primitivo destino. Como no está construido para teatro, sucede que se pierde la voz. Los cantantes deben estar desesperados, al verse trasladados del reducido y elegante teatro de la Cruz, á aquella espaciosa cavidad. Por eso dicen que la Sra. Mazarelli se ha resistido á cantar en el Circo.

No nos es posible dar nuestra opinion acerca del *Contrabandista*. Una ópera mal cantada, no puede ni debe juzgarse, y la del *Contrabandista* ha sido horrorosamente destrozada. Solo Salas en el segundo acto, y Ojeda en el bellissimo y característico polo del tercero, lograron calmar el enojo del público.

Nosotros, sin embargo, creemos que la obra del Sr. Basili es buena, y de esta opinion son los inteligentes. Los temas sacados de los tiernos y melancólicos cantares andaluces campean en toda la composicion. La música andaluza tiene para nosotros un encanto, una májia irresistible. El Sr. Basili ha explotado con inteligencia y acierto esa riquísima mina. Bien desempeñada esta partitura arrebataría al público; porque no hay español á quien esa ópera no escite los mas deliciosos recuerdos de su vida, y acaso tambien los mas amargos.

CRUZ.—*El Sastre de Lóndres.*

Han dado en decir que esta pieza es mala; nosotros que no pudimos asistir á su primera representacion, fuimos la segunda noche fuertemente prevenidos en contra de ella, porque nunca falta quien dé informe desfavorable; y á decir verdad, si bien nos convencimos de que la pieza no había sido calumniada, vimos sin embargo que había algun tanto de escasjeracion en lo que de ella se decía.

Como quiera, no hay una razon de justicia ni de imparcialidad para marcar con un sello especial de reprobacion á esta pobre nacida y educada en las orillas del Sena. Seguramente no ha pecado mas gravemente que sus otras hermanas, las que se deciden á hacer fortuna en esta bella tierra del lado acá de los Pirineos.

Un lord tenia dos hijos naturales de diferentes mujeres; estos dos infelices ignoraban á quien debian el ser; porque su padre los había desamparado al nacer embarcándose para la India Oriental. El uno de los hijos se había echado á sastre, y aunque el autor del drama asegura que era uno de los primeros sastres de Lóndres, crea el lector que en la representacion no aparece semejante cosa; pues su traje y sus maneras marcan mas bien el oscuro remendon de portal. Un sastre afamado en esta época es uno de los hombres mas finos y de buen tono que se conocen; como que es uno de los personajes que mas importancia tienen en el cuadro de la moderna civilizacion.

El otro hijo es una especie de *dandy*, un *lion*, calavera, *debauché*, jugador y tramposo. Viéndose acosado de acreedores y próximo á ser encarcelado, halla un asilo en casa del honrado artesano, ignorante de que aquel fuese nada menos que su hermano consanguíneo. Allí encuentra una linda jóven que el sastre allá en sus adentros se reservaba para sí; claro es que empieza á enamorarla á ratos perdidos, lo cual incomoda sobre manera al sastre. Este descubre que el jóven refugiado es hijo del poderoso lord, y por quitárselo de encima proyecta llevarlo á casa de su padre. Al mismo tiempo un médico, tio secreto del sastre, intriga para que el lord reconozca á su sobrino y no al elegante, porque es de advertir que el lord no necesitaba mas que de un hijo; y como aris

tócrata se había decidido en favor del *fashionable*. Tanto valieron sin embargo las persuasiones del médico, que al cabo el padre se resuelve á reconocer al estúpido artesano, el cual sin saber lo que por él pasaba, se encuentra en brazos del autor de sus días. A pesar de no ser hombre ambicioso, calcula que no le conviene desperdiciar la dicha que se le entra por las puertas, vengándose así de su amada que al parecer no era insensible á los halagos de su fátuo hermano. Entonces descubre que la jóven le ha amado siempre; pero que como él no se declaraba había tratado de buscar otro acomodo. Hecha esta investigación, el sastre se presenta á su padre y le ruega que le permita continuar ejerciendo su oficio, y que en su lugar reconozca al otro. Al lord le era igual. Sigue esta consejo, y el negocio se arregla á gusto de todos.

¿Hay acaso en esto nada de chocante?

La Sra. Perez representó con propiedad su papel. Convenido en que el sastre no era de buen tono, sino antes al contrario ramplon y sándio, el Sr. Lombia desempeñó su papel á gusto de los espectadores. En cuanto al otro jóven que hacía el elegante, de todo tenía menos de eso.

La misma noche se puso en escena una piececita titulada *Jugar con fuego*. Ha muerto segun parece apenas nacida.

Se ha vuelto á poner en escena la bellísima ópera titulada *Lucrecia Borgia* á beneficio de la señora Mazarelli. Hemos oido con gusto esta partitura, tanto mas cuanto que no ha sido todo lo mal cantada que esperabamos. La Sra. Mazarelli lució su buen gusto en algunas piezas, luchando siempre con su escasa voz.

A veces nos causa pena ver los esfuerzos de esta apreciable cantatriz para suplir la escasez de facultades con que la ha dotado la naturaleza.

Mirall estuvo feliz, Unanue le dió un carácter de rudeza á su papel que no le convenia del todo. Mas bien le asentaba un baño de dulce y suave melancolía.

PRINCIPE. - *Un Cajero* -- Drama en tres actos, traducido.

Hay varios métodos de escribir comedias. Uno de ellos es poner por delante un secreto que haga devanar los sesos al auditorio; es decir, com-

poner una especie de acertijo ó charada, de manera que el espectador esclame á cada paso: ¡qué será! ¡qué no será! hasta que al fin en la última escena el socarron del autor todo lo descubre con gran contento del público, y entonces no falta nunca algun hombre honrado que dice: ¡Quién había de imaginarlo!

Los dramas que pertenecen á este jénero, harto frecuente, suelen ser muy medianos; pero por lo comun logran salir adelante con felicidad. La produccion mencionada pertenece á esa raza. La mujer de un rico comerciante está en relaciones íntimas con un *cajero*, á quien ella había recomendado. El marido empieza á entrar en sospechas. Proyecta casar á su dependiente con una sobrina suya; mas su mujer se opone á ese enlace, sin dar razon satisfactoria para ello. Ya no le queda duda; mucho mas cuando sabe que se empeñan diamantes, que hay un déficit en la caja de veinte mil francos, y otras circunstancias de tan mal agüero como estas: pero todo era meras apariencias. La mujer se hallaba inocente; el jóven era hijo natural del comerciante; ella no había querido revelar el secreto á su marido, á fin de que no recordase su antigua pasion.

Esta pieza no es buena ni mala, y puede servir á falta de otra mejor. Fué bien desempeñada. En ella se presentó una jóven actriz, lista y bien parecida, y que promete.

Sentimos que la empresa del Príncipe haya resucitado la pieza titulada: *Una noche de novios*. Esa es una produccion grosera é indecente, cuya obscenidad es tan desnuda que hace daño, y produce asco. Tan repugnantes espectáculos ofenden la delicadeza. Por otra parte, no ha habido razon alguna para poner en escena esta mala obrija; porque hablando francamente, ha sido mal representada. El autor Fernandez, que tanto se distingue en ciertos papeles, especialmente cuando representa caracteres andaluces, no ha llegado ni con mucho á la gracia y lijereza con que Valero sostiene en el teatro, el de Torbellino.

